



Introducción

Aunque en general la vecindad aparea relaciones problemáticas, hay fronteras que producen más fricciones que otras, como en los casos de Alemania y Francia, Polonia y Rusia, Inglaterra e Irlanda y desde luego México y Estados Unidos. Cuando leemos las noticias que los periódicos norteamericanos publican sobre México, parece que el país del sur sólo existe para causar molestias a su vecino, permitiendo el tránsito del narcotráfico y la invasión de sus nacionales ilegales. El sur también percibe como una amenaza cuanto proviene del norte, lo que indica un largo trasfondo.

En primer lugar vale la pena recordar que la geografía pone en contacto, con realidad brutal, la riqueza y la pobreza. Al respecto es pertinente recordar que esa situación no siempre fue así. Hasta el siglo XIX los Estados Unidos colindaban con regiones marginales de la Nueva España, el reino más rico, próspero e importante del Nuevo Mundo, “la joya más preciada de la Corona española”.

En segundo lugar está la diversa herencia cultural que han recibido los países contiguos, lo que influye en una pobre comunicación y en las percepciones distorsionadas que cada uno se ha formado del otro. A pesar de que el país del norte se ha constituido de la confluencia de múltiples pueblos, en su cultura predominan los valores protestantes calvinistas, con su culto al trabajo, su aprecio a los logros materiales y su convicción de un mundo dividido entre elegidos y condenados. El pueblo mestizo del sur es básicamente católico, con un sentido de destino, que confía en la Providencia para la solución de los problemas graves, que trabaja para vivir y está convencido de que la salvación se alcanza por las obras. Las dos formas de percibir el mundo se han enfrentado desde los años de la rivalidad angloespañola, que infundió en los nortefños un sentido misional de ser capaces de redimir a sus vecinos, aun contra su voluntad. Una

expresión temprana de tal empeño la encontramos en Cotton Mather, quien aprendió español para escribir el folleto *La fe del cristiano en veinticuatro artículos de la institución de christo enviada a los españoles para que abran los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz y de las de la potestad de satanás a la de dios* (Boston 1699). Tal idea inspiró un sentido de superioridad que contribuyó a formar la imagen de sus vecinos como crueles, perezosos, "corruptos y afeminados más allá de cualquier ejemplo", como afirmaría Timothy Pickering en 1799. Dada esa opinión, no es raro que, John Adams, concluyera que era tan absurdo hablar de "establecer democracias entre los pájaros, los animales y los peces, como entre los Hispanoamericanos."¹ El estereotipo serviría para justificar el expansionismo y como es natural, despertaría el resentimiento mexicano. Una vez consumada la conquista de los territorios septentrionales de México, la necesidad de culpar al vecino de su propia suerte; hizo que se sumaran a esa imagen toda clase de caracteres negativos: "ladrón, pendenciero, revolucionario", tanto que para fines del XIX, a pesar de que el sur del Río Bravo era víctima del abigeato de rancheros texanos como Richard King, y que los habitantes de origen mexicano en aquel país sufrían los abusos judiciales norteamericanos, se consolidó la concepción del mexicano como bandido.

En tercer lugar está el hecho de que por haberse independizado antes, y logrado exitosamente establecer un sistema político, los Estados Unidos se constituyeron en modelo para su vecino del sur. Pero lo doloroso fue que los mexicanos admiradores de las instituciones y los logros norteamericanos tuvieron que enfrentar el dilema de ver cómo su modelo se convertía en enemigo y en una guerra injusta, y México perdía la mitad de su territorio. El agravio doloroso ha permanecido presente en el alma mexicana, mientras en la del victorioso es asunto totalmente olvidado.

Las circunstancias en que se produjeron los primeros contactos, también influyeron en su futuro. La lucha por la independencia norteamericana fue corta y no desgastante como la mexicana; contó con aliados poderosos y se enfrentó a una metrópoli aislada y debilitada que, a escasos siete años de la declaración de independencia, decidió pragmáticamente reconocer la independencia, otorgando incluso una frontera generosa. Gracias a la iniciación de la Revolución Francesa, y a las largas luchas napoleónicas con que culminaría, los Estados Unidos tuvieron dos décadas y media de respiro para establecer las bases de su funcionamiento como Estado sin las interferencias de los poderes europeos, pues aun la guerra de 1812, que terminó en derrota, apenas si afectaría a la joven nación, puesto que

¹ Citado por Arthur Whitaker, *The United States and the Independence of Latin America*. Baltimore, The John Hopkins Press, 1941, p. 37.

Gran Bretaña centraba su preocupación en el desenlace de las guerras continentales.

Dirigida por capaces estadistas, las muestras de su prosperidad y la fama de un sistema político, que garantizaba la libertad, la joven nación se convirtió en verdadero imán para miles de inmigrantes europeos. Así en 1790, apenas contaba con 4 millones de habitantes que, para 1810, casi se habían duplicado a 7,200.000 y triplicado para 1845, en que llegaban a 20,100.000, hecho que incrementaría el expansionismo presente desde sus primeros días, y que lograba conquistas tangibles con las compras de la Louisiana en 1803, y la Florida en 1819.

Por el contrario, la Nueva España, además de padecer la descapitalización derivada de medidas desamortizadoras españolas, y de los préstamos voluntarios y forzosos promovidos con motivo de la guerra de Independencia de su metrópoli, invadida por Napoleón, a lo largo de su lucha independentista que tuvo verdadero carácter de revolución, no logró ningún apoyo externo. Por si fuera poco, al tiempo de lograrla, se encontró con una España fortalecida por la Santa Alianza, que le negó el reconocimiento por quince años y que, ante sus amenazas de reconquista, la obligó a endeudarse para organizar su defensa. La nueva nación independiente no tuvo la suerte de que se le permitiera consolidar sus instituciones, sino que a la dislocación social que aparejó su Independencia, vio sumarse las interferencias de las potencias comerciales, Gran Bretaña y Francia, y de las ambiciones expansionistas de los Estados Unidos. De esa forma, en lugar de paz y progreso, la nación del sur se vio presa de la inestabilidad y las revoluciones, muchas veces instigadas por los extranjeros. De esa manera su población se estancó; los 5 millones que tenía en 1790 llegaron a 6 para 1810 y apenas a 7,500.000 en 1845. Por tanto, aunque a la vuelta de siglo, después de la compra de la Louisiana, las dos naciones tenían un territorio y una población comparables, al momento de entrar en relaciones oficiales ya acusaban una disparidad, que aumentaba la ventaja que le otorgaban los años de experiencia en autogobierno y de relaciones diplomáticas.

Esta asimetría, se vería incrementada con el Tratado de Guadalupe, que cercenaba la mitad del territorio a México, y duplicaba el de su vecino. Con ello, unas relaciones que estuvieron mal auspiciadas desde el principio por el expansionismo, con la guerra sumaron el resentimiento a la desconfianza.

La historia de esas relaciones tempranas y la guerra de intervención tuvieron un efecto permanente, a pesar de lo cual no han merecido estudios serios en México. Tanto el asunto de Texas como la guerra, han

sido estudiados preferentemente por norteamericanos. A excepción de Carlos Bosch, quien ha hecho un amplio estudio de fuentes, en los demás prevalece la retórica y la repetición de las dos obras clásicas del siglo XIX: *Apuntes para la historia de la guerra con los Estados Unidos* (1848) y *Recuerdos de la Invasión Norteamericana* (1881), cuando no una glosa de obras norteamericanas.

Entre los norteamericanos ha habido muchos apologistas, pero no han faltado detractores, sobre todo entre los contemporáneos a la guerra y durante la década de 1960. Muchos historiadores del siglo pasado denunciaron a los esclavistas sureños como culpables de la guerra (tesis que favorecieron muchos historiadores liberales mexicanos), pero después del libro de Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History* (1963), esa tesis ya no puede sostenerse, pues con un amplio análisis de la prensa y los discursos durante la guerra, probó que la euforia expansionistas había afectado, por igual, a todas las regiones del país.

La historiografía norteamericana ha subrayado la influencia que el expansionismo tuvo en los Estados Unidos y en el carácter norteamericano, sobre todo a partir de 1893 en que Frederick Turner leyó su ponencia "El Significado de la Frontera en la Historia Americana". Es natural que a los historiadores norteamericanos apenas si les haya interesado analizar el impacto que haya podido tener en México y en el carácter de los mexicanos. El mejor estudio realizado sobre la guerra, el de David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation. Texas, Oregon and the Mexican War* (1973), con el cinismo característico de los historiadores diplomáticos de países poderosos, concluye que "los diplomáticos y guerreros de los años 1840, hicieron progresar muchos intereses norteamericanos", puesto que la guerra significó la instancia que promovió a Estados Unidos de "un poder de tercera clase a uno de segunda clase".

En la gran mayoría de las obras que analizan el evento, consideran que México tuvo gran parte de la culpa al no reconocer la Independencia de Texas, al no pagar la deuda de las reclamaciones norteamericanas, y al no acceder a vender el territorio que deseaba Polk, que de todas maneras se habría de perder. A veces se menciona también la imprudencia mexicana de haber permitido la colonización angloamericana en Texas, y una vez iniciada, no haberles proveído de los elementos culturales a los que estaban acostumbrados. Tal acusación no tiene otra base que la declaración de Independencia de Texas, *a todas luces injusta e inexacta*.

Una sensibilidad distinta, parece imposibilitar a los norteamericanos, para comprender que para los mexicanos su territorio no era mercancía, sino parte de un patrimonio que no podía ponerse en venta. Resulta

curioso también, que los que no comprenden que México se haya negado a aceptar la Independencia de Texas, no apliquen el mismo criterio al caso de la secesión de la Confederación en 1861.

El presente ensayo tiene el objetivo limitado de revisar la historia de las relaciones entre los dos países en su época más dramática. Algunas expresiones tempranas del imperialismo que se iniciaba, sumadas a la desvertebración social que causaron las reformas borbónicas y la revolución de Independencia, explican la inestabilidad. México, apresado entre dos fuegos, el expansionismo norteamericano y las ambiciones europeas, no tuvo mucho espacio para elegir alternativas.

El ensayo parte de los primeros contactos, centra su atención en la colonización y pérdida de Texas, la manzana de la discordia entre los dos países, para proseguir con el camino hacia una guerra inevitable, y terminar con los últimos intentos por arrebatar territorio mexicano, antes de iniciar la nueva etapa de preponderancia a través de la vía económica.